

en ésta, como en todas las demas familias de lenguas. Cae, pues, por tierra toda aquella torre cabalística.

Pero si la gente, áun la sábia, se llama á engaño en esto de creer que tal forma es onomatopéica y propia, una cosa es verdadera y universal en todo el mundo, y es que todos buscan la relacion de las formas del lenguaje con las ideas, pues yerran precisamente por esta tendencia. Luego, esta tendencia, siendo universal, parece que tiene su fundamento, y es que la naturaleza del lenguaje humano *exige* tal relacion, y por lo tanto debió de existir en la lengua primitiva, segun aquel dicho: *vox populi, vox naturae putanda est.*

CAPÍTULO V

Elemento específico del lenguaje humano.—El lenguaje como signo en general

Los animales tienen voz; solo el hombre posee el lenguaje.

85. EL PRINCIPIO INTELECTIVO EN EL LENGUAJE

AL hombre se le ha llamado *microcosmo*, porque encierra como una suma compendiada de cuanto se halla derramado en el *macrocosmo* ó universo. El mismo lenguaje humano comprende los varios lenguajes del universo: consta de sonidos físicos, que tienen las cualidades de los sonidos de la naturaleza; y esos sonidos son producto fisiológico del organismo y manifestacion de la sensibilidad, son, en una palabra, voces, como las de los animales, y significativas, como en ellos, de las impresiones y conmociones sensibles; pero, sobre el resto de la creacion, esos sonidos físicos y voces fisiológicas son signos fónicos de las ideas y pensamientos, instrumentos del principio espiritual que en el hombre reside y por el cual está colocado sobre todos los demas seres físicos y sensibles.

Y he ahí por qué para analizar el lenguaje humano he querido recorrer paso tras paso toda la escala de la creacion, examinando el lenguaje de la naturaleza inanimada, que consta de sonidos, cuyas cualidades había ya estudiado en la *Fonología física*, el lenguaje de los animales, y en particular el de las emociones y de la sensibilidad en el mismo hombre.

Falta ahora subir al último grado de la escala, penetrar en el espíritu humano, en donde habremos de hallar el elemento principal y específico del lenguaje racional.

Los seres todos de la creación están trabados entre sí por verdaderas relaciones, que son como las líneas del croquis que planeó el divino Artífice y que le dan unidad á toda ella. Efectivamente, ateniéndonos al mundo fónico, hemos visto cómo los mismos sonidos de la naturaleza física é insensible entran como elemento material á formar parte del lenguaje de los animales; y cómo, conservando sus cualidades y su propio valor, han tomado en este lenguaje una nueva especificación, la de ser á manera de signos expresivos de las impresiones sensibles, ya de las generales según el carácter y temperamento de cada especie animal, ya de las particulares de cada clase de sensaciones, emociones y pasiones del momento.

Estas mismas voces de los brutos las hemos encontrado después en el hombre, formando el lenguaje de las emociones y de la sensibilidad, y conservando el mismo valor que tenían como sonidos puramente físicos y como voces del lenguaje animal.

Lo que procede es que en el lenguaje racional esas mismas voces animales entren como elemento material, cuya especificación les venga del principio intelectual, y esté conservando esas voces el mismo valor que tienen en la naturaleza, en los animales y en la expresión emocional y sensible del hombre. Aquí está como en embrión toda mi teoría del lenguaje, y es lo que tengo que desenvolver en este capítulo.

Si toda la naturaleza habla, y habla por medio de sonidos, el hombre, como uno de tantos seres de la naturaleza, debe hablar; y si los animales son dueños de esos sonidos naturales, habiéndoselos apropiado y emitiéndolos por instinto para expresar sus impresiones, también el hombre debe tener esa facultad; en fin, si en los seres sensibles y en los insensibles esos sonidos son naturales y expresan algo determinado, nó por convención alguna, sino naturalmente, porque tal es la naturaleza de los mismos sonidos y la de los animales, en el hombre debe haber cierto lenguaje natural, compuesto de esos mismos sonidos físicos y de esas mismas voces animales, que naturalmente tendrán su determinada significación, la misma significación por lo menos, que en el lenguaje de la naturaleza, de los animales y de la sensibilidad humana.

Este lenguaje parece constar, por lo tanto, como de su elemento material, de las interjecciones, sonidos onomatopéicos y demás expresiones emocionales de la sensibilidad, de que acabo de hablar.

Pero, en todos estos elementos del lenguaje el instinto, sea puramente animal, sea intelectual, es el primer motor: los mismos sonidos, que en la naturaleza física tienen su propio valor, en los animales constituyen el lenguaje animal, el cual también hemos hallado en el hombre, en cuanto emocionable y sensible. ¿Nó sería muy filosófico el que esos mismos sonidos fueran como elementos materiales del lenguaje humano? Digo más: ¿nó sería lo más antifilosófico del mundo que en el hombre el lenguaje emocional y sensible se fuera por un lado y el racional por otro, y que el sensible fuera tan natural y propio como hemos visto, y el racional no lo fuera, sino que sólo respondiera á un puro convencionalismo, es decir, que el lenguaje sensible fuera tan *razonable*, y el racional fuera tan *irrazonable é irracional*?

El lenguaje racional, para que sea *racional ó razonable*, ha de constar, por consiguiente, de las mismas voces del lenguaje de la sensibilidad y conservándoles el mismo valor suyo natural y propio.

Sin embargo, el hombre es algo más que un animal; posee otro espiritual y mucho más levantado principio, que se ríe del título de *primates*, con que algunos sábios han pretendido honrarlo, poniéndolo al frente y como asno guión ó avutarda de las récuas y bandadas del reino de los brutos. Los brutos siempre serán *unos brutos*, y si esos sábios están muy satisfechos con esa jefatura y quieren á todo trance se les ponga en la misma línea que al chimpancé y al gorila, buen provecho les haga.

Otro principio más elevado y sublime, un principio espiritual, realza mucho más al hombre sobre los brutos, que no realza la sensibilidad á éstos sobre los seres insensibles: si desde la piedra más preciosa al más vil insecto ó átomo viviente hay un abismo, mayor abismo hay desde el mono más monísimo y emperregilado hasta el más degradado salvaje de Nueva Zelanda.

Ese principio espiritual, eso que los no sábios solemos llamar alma humana, rige y gobierna *políticamente*, como decían los griegos, todas las operaciones y potencias del hombre, la sensibilidad y aún en parte la misma materia: así como el principio sensitivo en los animales la gobierna á ésta, instintivamente es cierto, y á manera de motor mecánico irresponsable y ciego, pero cuya manivela está en manos del Criador. Las mismas operaciones animales están sujetas en el hombre á ese principio espiritual intelectual, y por él se ven realizadas y enderezadas á sus fines con conocimiento de causa.

Ahora bien, de la propia manera, esos sonidos naturales del mundo físico, que en el animal están sujetos y subordinados al principio sensitivo, en el hombre lo están al principio intelectual libre y espontáneo, y las mismas voces, que las impresiones sensibles arrancan al bruto, son en el hombre enderezadas á su fin por la reflexión, son reguladas y regidas por la razón: y el regular y el regir de la razón es un dirigir las cosas á un fin premeditado.

He aquí, pues, el principio formal del verdadero lenguaje, del lenguaje humano: la dirección libre, que la razón comunica á las voces animales para expresar lo que libre y voluntariamente pretende.

La razón en su estado normal y primitivo no debió desechar, no pudo desechar esos sonidos animales y emocionales que instintivamente brotaban de él mismo en cuanto ser sensible, ni debió ni pudo desviarlos del valor y objeto propio que naturalmente representan; ántes bien, debió servirse de ellos con su propio valor, como el medio más adecuado para comunicar su pensamiento.

Esa relación del medio al fin, del sonido animal á la idea, es el sello que la razón imprime al material fónico del lenguaje animal y que lo convierte en racional y humano. Ese relacionar los medios á un fin, ese informar el elemento material, ese elevar y espiritualizar la materia es propio de la actividad del principio intelectual del hombre.

Creo, por lo tanto, discurrir conforme á toda buena filosofía al proponer como elemento formal del lenguaje humano esa

dirección é información del principio intelectual del hombre. *All that is formal in language is the result of rational combination*, dice M. MÜLLER (1); *all that is material, the result of a mental instinct, call it interjectional, onomatopoeic, or mimetic*.

Al discurrir así presupongo, claro está, que el hombre obra según los principios de la razón, no como un salvaje degradado y abandonado á sus inclinaciones bestiales, que, en una palabra, el primer hombre habló según pedían las circunstancias, según lo exigían su grandeza y dignidad, y según convenía á la majestad del Criador, que le puso y debió ponerle en tales circunstancias, ántes de haber él merecido el castigo debido á su prevaricación.

Supuesto, pues, el origen, que no solamente la Revelación, sino la imparcial y digna filosofía, atribuyen al hombre, no hay otro principio del lenguaje que se pueda admitir razonablemente. Cierto, que tendré que repetir por centésima vez, que el hombre primitivo al hablar por vez primera ni fué un niño ni un salvaje de cortísimos alcances, ni menos un antropisco ó cosa por el estilo; sino un hombre como Dios manda. De suponer lo contrario, esta mi obra y todas las demás de Lingüística estaban demás, por la sencilla razón de que el lenguaje humano no existiría. En aquel hombre, como veremos, aún sin querer hablar, cada impresión sensible, cada representación, cada idea, hubo de despertar instintivas exclamaciones fónicas: la vista de los objetos hubo de repercutir mediante los *movimientos reflejos* en el órgano de la voz, y sus ideas hubieron de salir á fuera convertidas en voces, si instintivas por una parte como en los animales, no menos naturales en su significación, y prontas á ser enderezadas por el principio reflejo del mismo hombre al fin determinado de la manifestación del pensamiento.

La sociabilidad perfecta, exclusiva del hombre, exigía, á la verdad, un instrumento adecuado á su principio específico, que es el principio pensador.

(1) Véanse el *Ensayo* de LOCKE y M. MÜLLER I. p. 435, que han probado definitivamente la generalidad comprensiva de las ideas y palabras.

Las voces de los animales son vagas y pocas, las suficientes para llamar cada cual á su compañero y á sus crías, para advertirse mutuamente del peligro, etc. El hombre tiene un mundo de ideas que comunicar, los adelantos de la industria y de la ciencia no se obtienen sino añadiendo cada cual algo propio al acervo común, el cual, por lo mismo, va aumentando de siglo en siglo, la universalidad de las aprehensiones intelectuales, los complicados raciocinios, necesitaban un lenguaje tan suelto y flexible que pudiera doblegarse á tanta variedad de ideas. De todo ello se deduce que el lenguaje debe ser instrumento del principio intelectual, pues para su servicio se ha dado.

Luego, el elemento específico y formal del lenguaje humano, y el que le hace ser humano, del entendimiento ha de proceder, y éste ha de emplear y ordenar las voces animales, en las que convenimos con los brutos, de manera que sean apto instrumento de tan elevada facultad, tan universal y abstracto en sus expresiones como lo es el mismo entendimiento.

Por aquí se verá cuan errados van los que creen, por ej., que el lenguaje primitivo era concretísimo, de modo que al decir CURTI *Abstrakta sind hier nicht zu findem; Alles ist noch konkret*, está en un lamentable error, á pesar de coincidir en esto con la mayor parte de los filósofos del día: error que tiene su fundamento en la tan acreditada teoría del origen selvático y bárbaro del lenguaje y del hombre.

Las voces de los animales sí que tienen por necesidad que expresar lo concreto, las impresiones sensibles individuales del momento, puesto que los brutos, permítaseme la frase, no ven más allá de sus narices; pero los conceptos del hombre son tan universales, como libre de la individual materia y del momento actual es la facultad intelectual, á la cual el lenguaje ha de seguir en su universalidad y abstracción.

Pero ¿cómo eleva la inteligencia del hombre esos sonidos materiales y los convierte en signos de las ideas universales y abstractas? ¿Qué clases de signos son esos, convencionales ó naturales?

Celebérrima es esta última cuestión, y tal vez la mas antigua que ocurrió al hombre y se propuso resolver la filosofía. HERÁCLITO defendía que el lenguaje era un signo *natural*, φύσει; DEMÓCRITO argüía, por el contrario, que, pues un objeto tiene á veces dos ó mas nombres distintos y un mismo nombre se aplica á distintos objetos, era manifiesto que debía de ser signo *convencional*, θέσει. Después de estos dos jefes del pesimismo y del optimismo, del filósofo lloron y del filósofo reidor, volvió á ponerse la cuestión sobre el tapete con mayor entusiasmo que nunca en tiempo de Sócrates: PLATÓN parece defender lo primero: ὀνόματος ὁρθότητα εἶναι ἐκάστου τῶν ὄντων φύσει πεφοροίαν; ARISTÓTELES sostuvo lo segundo.

HUMBFELDT va por otro camino y dice que no es ἔργον, sino ἐνέργεια: *Sie selbst ist kein Werk, sondern eine Thätigkeit; sie ist nämlich die sich ewig wiederholende Arbeit des Geistes, dem articulirten Laut zum Ausdruck des Gedanken fähig zu machen*. No es un medio de que el hombre echa mano, como pudiera echar mano de otro cualquiera; sino que el lenguaje es la energía y facultad innata, que brota espontánea y naturalmente de la naturaleza del hombre, la cual se manifiesta en sonidos articulados, de suerte que éstos sean signos y efectos del principio vivificante y de sus aprehensiones animales ó racionales.

Decir lo que ARISTÓTELES, que el lenguaje es un signo convencional (1), porque en cada lengua se expresa diversamente un mismo objeto, y repetirlo sin cuidarse de aquilatar tal razon ni distinguir nada, es no penetrar en el fondo de la cuestión, no deslindarla, es quedarse en la superficie. Es verdad que *cielo* en

(1) οὐρανός.